

Picotti, Dina V. (comp.). **El negro en Argentina. Presencia y negación**. Buenos Aires, Editores de América Latina, 2001, 513 p.

Esta publicación es el resultado de un Coloquio acerca de "La presencia negroafricana en Argentina", que tuvo lugar en los meses de junio y julio de 1999, en el espacio ofrecido por la Facultad de Estudios para Graduados de la Universidad de Belgrano.

Como señala la Introducción, el mismo respondió a la inquietud de desplegar en el ámbito académico, abierto al público, una temática aún poco tratada en nuestro país, pese a indicios de interés creciente en los últimos años, a través de investigadores que se han dedicado a ella y de testimonios representativos. Sus trabajos son conocidos en publicaciones especializadas, que no suelen trascender al público en general, ni a la enseñanza, como ocurre frecuentemente con temas importantes para nuestra sociedad, que si bien son estudiados y pensados por investigadores sensibles y conscientes, sin embargo no llegan a las instituciones ni a la comunidad para poder beneficiarse de ellos, no se establece suficientemente el circuito por el cual unos y otros se escuchen y fecunden de modo recíproco.

El tema de la presencia negroafricana en Argentina ha sido en general poco atendido, bajo el argumento de su escasa incidencia en la población, dado que los esclavos traídos a estas zonas lo habrían sido en menor cantidad si se compara con otras regiones de América, como el Caribe, Brasil o el Perú, y habrían luego desaparecido, víctimas de

epidemias y guerras, o se habrían diluido en el mestizaje. Como ya ha sido observado (G. R. Andrews entre otros), estas causas son reales pero no suficientes para explicar su aparente desaparición, y si es cierto que su visibilidad es menor en razón de su disminución y de su mestizaje con aborígenes, criollos e inmigrantes, no ha existido una voluntad real de reconocimiento a causa de la influencia preponderante de modelos 'civilizatorios', pues por poco que se explore y analice se encuentran rasgos ciertos y abundantes de su presencia en los diversos aspectos de nuestra identidad.

El Coloquio pretendía precisamente rastrearla en cada uno de ellos. Una primera sesión se refirió a los estudios africanísticos y afroamericanísticos en el país. Las cuatro expositoras aludieron de diferente manera a la todavía indigente presencia y desarrollo de los mismos, correlativa al poco reconocimiento y valoración del cociente africano en general y entre nosotros en particular. Es así como Hebe Clementi testimonia a través de su propia experiencia historiográfica, cómo recién en sus estudios de posgrado dedicados a la historia norteamericana, pudo comprender la importancia de aquéllos y desde entonces aplicarse a encarar el protagonismo negro y esclavo en la historia en general y en la historia americana y argentina en particular. María E. Vela expone a través de una larga experiencia institucional los alcances de los estudios afroamericanos en nuestro país. Violeta Pereyra de F., en el marco de la referencia al debate en torno al desconocimiento de la deuda de la civilización clásica con respecto a la africana, plantea nuestra propia tarea de reconocimiento y estudio. Por su parte Marisa Pineau puntualiza nuestra historia de estudios africanos, particularmente a partir de la década de 1960, en la que la independencia de los países subsaharianos suscitó un nuevo interés internacional por el estudio de los mismos, con un crecimiento embrionario a través de la creación de cátedras y algunos institutos en las universidades, que se fue fragmentando a la par de las interrupciones de la democracia y retomando a su retorno a través del desarrollo de algunas áreas de estudio, la mayor disponibilidad de fuentes y subsidios, aunque se siga advirtiendo una desigual atención. Por ejemplo las cátedras de Historia de África son optativas, se continúa prestando escasa consideración en los estudios en general al aporte africano.

El ingreso de los africanos a América, principalmente a través de la esclavitud, y su vida y trabajo en ella, han sido objeto de múltiples tratamientos y líneas interpretativas, que fueron diversificando y desplegando los estudios y mejorando la comprensión. Por lo que se refiere a nuestro país, Marta Golberg, desde sus conocidos trabajos de investigación, introdujo a los diversos aspectos de la problemática, entre ellos estadísticos. Es así como también Liliana Crespi se refiere a la distribución de esclavos desde el puerto de Buenos Aires, cuyo emplazamiento alejado del centro político y económico de Lima, contribuía a hacer de esta pequeña ciudad un lugar destacado para el arribo y venta ilegal durante el s. XVII a falta de autorización de la Corona española, aunque será habilitado durante el siglo siguiente a través de tratados de asientos; a pesar de que el modo de producción esclavista no fuera primordial en las zonas mineras y agrícolas del Alto Perú ni en el Río de la Plata, la presencia de africanos se dio en todo tipo de labor, como respuesta a la destrucción física de la población nativa que llevó a los españoles a buscar fuentes alternativas de mano de obra, sostenidas en gran parte por los desembarques de esclavos en el puerto de Buenos Aires, si bien con respecto a los mismos sólo existen registros incompletos para el comercio legal y datos esporádicos y poco confiables para el ilegal.

María Florencia Guzmán, quien se ha ocupado de la presencia y suerte de la esclavitud sobre todo en el noroeste argentino, presenta el caso de las misiones jesuíticas en La Rioja.

Por su parte Silvia Mallo se refiere en particular a la condición de la mujer esclava, teniendo en cuenta no sólo las nuevas perspectivas surgidas en los estudios afroamericanos, que han evidenciado, a pesar de la situación forzada de la esclavitud, su protagonismo como factor intrínseco en nuestro acontecer histórico y en la construcción de nuestra identidad, sino los estudios de género que han mostrado mejor a la mujer como afectada por los prejuicios de su género, además de los raciales y de clase, las características y rendimiento del trabajo femenino esclavo y el de sus hijos niños y también las mayores o menores posibilidades de su vida familiar y privada, donde se configura la identidad cultural afroamericana, que le permitirá sobrevivir a la esclavitud.

La presencia de un porcentaje importante en nuestra población - se habla de un tercio en el Buenos Aires colonial, y de porcentajes que

superan el 50 y 60% en el centro, Cuyo y Noroeste, empleados en todo tipo de trabajos; mientras en la actualidad constituirían entre un 2 y 3%, no podía menos que imprimir su marca en cada uno de los aspectos de nuestra cultura o forma de vida. Uno de ellos principal es la lógica propia de esa determinada experiencia humana articulada en las culturas negras, que se traduce en todas sus manifestaciones: los modos y recursos de su pensar y lenguaje.

Mario Corcuera Ibáñez recuerda el sentido e importancia esencial que la palabra tiene entre las culturas negras, en las que no actúa como mero instrumento de comunicación, sino en tanto fuerza fundamental que emana del ser supremo y que el hombre recibe en herencia para continuar la obra creadora, conducir y desplegar las energías vitales, o negarlas y destruirlas con la mentira y la mala voluntad. La sabiduría comunitaria, que generalmente no se traduce en conceptos, se conoce y enseña a través de cuentos y proverbios, mitos y ceremonias, música y danzas cargadas de alegorías y símbolos, y se recoge en la literatura oral, que está asociada a la vida cotidiana, y también a las ceremonias religiosas y a las grandes ocasiones. Porque en sociedades orales la palabra dicha es portadora de todos los mensajes importantes y es transmitida de generación en generación.

Por mi parte aludo a la influencia lingüística y literaria entre nosotros, a través del sentido y modo de configuración de su lenguaje, común a pesar de la variedad interna de lenguas, que influye sobre las lenguas habladas en América constituyendo lenguas neoafricanas, o modificándolas a través de la inserción inevitable de vocabulario y sobre todo de modos propios, de su lógica y espíritu. La influencia literaria africana en América es ya profunda en la literatura oral, que se recrea ante las nuevas circunstancias que le toca vivir y la historia que debe compartir; en nuestra región se percibe en el folklore rioplatense, en la payada, los pregones, los proverbios. En la literatura escrita su presencia se advierte en todo el Continente, más o menos reconectada con su tradición hasta el fenómeno singular de la poesía negra que se difunde desde Cuba, asumiendo voces, ritmos, temas y recursos en general negros de lenguaje.

Beatriz Seibel explora la presencia del negro en el espectáculo rioplatense. En época colonial los afroargentinos, varones y mujeres, ac-

túan con frecuencia tanto en el teatro como en el circo porteño, en especial para cantar, bailar o tocar instrumentos; son esclavos mulatos y negros, denominados ya eufemísticamente 'morenos', figuras interesantes como la cantarina mulata Ana J. Echavarría, el pardo Viera, el pianista Navarro, Saturnino F. Berón y Zenón Rolón, autores de piezas teatrales, Rosendo Mendizábal, autor del célebre tango *El entrerriano*, la familia Posadas con destacados músicos de formación académica, el actor Agapito Bruno, que trabaja largamente con la familia Podestá, el director de cine mudo José A. Ferreyra, se destacan asimismo en el arte del payador, que se presenta en almacenes, cafés, salones y circos desde fines del s. XIX, a pesar de una discriminación evidente, en mayor o menor medida. Si bien en las últimas décadas la presencia de artistas negros es excepcional en el espectáculo argentino, así como la aparición de personajes negros en las obras de teatro, cine, televisión, en los populares radioteatros de mediados de la década del 30 vuelven los personajes cómicos del 'negrito' y la 'negrita' interpretados por actores maquillados como tales y una obra teatral, *Cuando aquí había reyes*, que transcurre entre las naciones negras en la época de Rosas.

José Curbelo, desde su propia experiencia de payador, hace memoria de los negros payadores de nuestra zona y de los caracteres que imprimieron, a partir de una larga tradición, a esta manifestación importante del canto popular, ya registrada en nuestro poema nacional.

El aporte musical es sin duda alguna uno de los más significativos de la presencia negra en el mundo, imprimiendo sus características también entre nosotros, por virtud de su propia fuerza, a pesar de la hostilidad con que es recibido, proporcionando a través de sus ritmos, danza y canto, que despliegan el ritmo de la vida misma, la mejor superación de una lógica instrumental y ser señor del espíritu.

Sergio Pujol testimonia, por ejemplo, el modo furtivo en que se introducen dos de sus manifestaciones, la danza del *caquewalk*, sobre un fondo musical de *ragtime*, los que abrirán una larga y fecunda conexión con la música norteamericana de raíz negra. Es un momento de inflexión, expresa, en varios órdenes de la vida social argentina, y en materia musical se ejerce presión desde la calle, donde palpitan los más variados sonidos, sobre el interior del hogar burgués de normas estrictas, y va penetrando en los salones hasta que la industria discográfica

terminará por asentar en el gusto y el oído de los sectores urbanos especies musicales nacidas para ser bailadas.

Egle Martín, en diálogo con el espíritu atento y creativo de Pedro Aznar, narra sus propias experiencias en torno a la existencia y los rasgos característicos del *candombe*, también en esta orilla del Río de La Plata y en el litoral, y en general de la rítmica negra y su gran presencia en la música argentina.

Silvia Cornejo, a través de semblanzas de la música afrocubana, de sus bailes y coreografía, ofrece un ejemplo principal de la recreación negra en el Continente, que a su vez influye en todos los otros casos y se comunica con rasgos básicos comunes.

Semejante y destacado es el testimonio en este sentido de Carlos Páez Vilaró, quien además de su obra plástica, muestra y participa musicalmente de la pervivencia de las 'llamadas' y de ritmos y cantos negros en la vecina orilla del Río de La Plata, cuyo espíritu, singularidad y fuerza también sabe describir con penetración y elocuencia.

El aspecto religioso representó desde la época de la esclavitud una de las más poderosas cajas de resonancia de los valores esenciales de la negritud afroamericana.

Uno de sus más reconocidos investigadores entre nosotros, Alejandro Frigerio, se refiere al fenómeno de expansión de los cultos afroamericanos en el Río de la Plata, que no deja de llamar la atención acerca de la virtud de su propia fuerza en un contexto religioso cristiano y del substrato cultural negro en nuestra identidad que sin duda le presta base.

Armando Monteiro nos presenta en la historia del negro Manuel, virtuoso custodio de la Virgen de Luján, la capacidad africana de saber dialogar, comunicarse, con otras experiencias religiosas o humanas en general, aportando sus propios modos. Es un ejemplo que la misma Iglesia argentina está tratando de reivindicar al perseguir la causa de canonización de aquél, pero que sin que se niegue los propios ingredientes de excelencia personal, no aparece como una excepción con respecto a cuanto ocurrió en el Continente. En nuestro país las cofradías, los cultos a santos, las procesiones, las capillas negras son, entre otras manifestaciones, testimonio de ello y un estímulo al diálogo que debiera intensi-

ficarse entre las religiones, en una época en que resulta esencial que el hombre recobre el sentido sagrado de todo lo que es.

Lo que distinguió a la esclavitud africana en América de otras formas y épocas de esclavitud es el haber recibido una marca económica fundamental; como menciona Narciso Binayán Carmona fue precisamente la de haber sido inserta en el sistema capitalista europeo, contribuyendo a su expansión. Otros aportes a nuestro *modus vivendi* pudieron ser ignorados, discutidos o disminuidos, pero el económico estuvo identificado con su misma existencia como para no ser reconocido, hasta el punto de que marginado el esclavo negro de otros ámbitos no pudo ser del económico, más bien fue su tributario más oneroso hasta nuestros días. Sin embargo, ello no se tradujo en un adecuado reconocimiento en el cuerpo social, ni de la importancia de su aporte en cada uno de los otros aspectos de la vida. De la prejuiciosa e interesada marginación que sufrió ofrece elocuentes testimonios el historiador Ricardo Rodríguez Molas, así como de la actitud no pasiva de los afroargentinos y sus intentos de organización. María Cristina Liboreiro se refiere al papel desempeñado por la mujer negra y el tratamiento recibido. Con respecto al protagonismo jugado por esclavos y libertos en el ejército, Francisco Morrone recuerda que desde su incorporación a las milicias, creadas en 1590, a sólo 30 años de fundada Buenos Aires, para defender a los poblados de agresiones, hasta finalizar el siglo XIX, el hombre negro participó de todos los combates librados en nuestro territorio, ocupando siempre los lugares más peligrosos u obligado a desempeñar las tareas más desagradables en el mantenimiento de la tropa; incorporación siempre forzosa y aniquilación como resultado.

La presencia africana entre nosotros alcanza también una importante expresión en *otros* tipos de arte además de los mencionados, entre ellos el plástico. Pero es necesario tener en cuenta el sentido negroafricano del mismo y de su reelaboración en América para no malentenderlo, como ha ocurrido con éste y otros aspectos de su cultura. Lo que sobre todo desde la modernidad se entiende por arte en Occidente, reviste en el sentir africano caracteres propios. La obra es tal cuando es palabra creadora, eficaz, funcional, de allí que tenga prioridad el proceso creativo de la forma -'kuntu' en las lenguas bantúes-, la armonía de significado y ritmo, sentido y forma, sobre la obra acabada, por lo que los vocablos que equivalen a 'bello' significan a la vez 'bueno'. La

obra es acción, fuerza creativa que pretende crecer: el poema en su recitado, la obra plástica en su función estimulante, por ejemplo la máscara en el movimiento de la danza; no cabe la belleza como puro placer desinteresado, ni el arte por el arte. El artista comprometido se ocupa de actualizar y no de crear una obra perdurable, aunque pueda llegar a serlo; su función no apunta a una finalidad sino a un sentido; el material, el instrumento, el mismo trabajo del artista sólo son preparatorios y la palabra, el nombramiento hacen surgir una imagen, una figura y el espectador ha de renovarlos para que signifiquen algo, su agrado los potenciará o bien podrá ocurrir que ya no les signifiquen nada.

A lo largo del Continente se encuentran abundantes ejemplos en la pintura popular y profesional, en la confección de instrumentos musicales y formas plásticas que acompañan el culto y los diversos aspectos de la vida. En Argentina se menciona la participación de negros en las artes desde la época de la esclavitud. No sólo están presentes en toda clase de oficios y artesanías, sino en talleres de plateros, escultores y pintores, destacándose en particular algunos, como Fermín Gayoso, esclavo de Juan Martín Pueyrredón, considerado el primer pintor porteño y maestro de su hijo Prilidiano, Juan Blanco de Aguirre nacido en Uruguay y viviendo desde niño en Buenos Aires. El maestro Carlos Páez Vilaró, autor de la tapa de esta publicación, continúa ofreciendo un conmovedor testimonio de esta historia.

Ruth Quiroga de Corcuera, estudiosa de las creaciones textiles, alude al juego de las tramas, diseños y colores, como otra manifestación significativa de su lenguaje, cargado de sentido y funcionalidad en el contexto histórico de las comunidades.

Hoy los afroargentinos, no siempre visibles por su color, se encuentran en medio del resto de la población en toda la extensión del país, en parte con conciencia de ser tales, en su mayoría incorporados al resto de los habitantes con desconocimiento o con escasa conciencia de su propia identidad. Con respecto a los primeros, se distinguen los 'criollos', descendientes de antiguos esclavos, dispersos por todo el país, y los descendientes de familias conocidas, llegando algunos en el siglo XIX a tener fortuna y ser reconocidos sus apellidos como prestigiosos, o de algún antepasado negro que aún se hace visible a pesar de su mestizaje; se encuentran en pequeñas comunidades en Chascomús (Pcia. de

Bs.As.), Santa Fe, el Noroeste y otros lugares del interior y en la ciudad de Buenos Aires y su entorno (Palermo, Munro, Liniers, Morón, La Plata). Existen además los caboverdeanos, llegados de las Islas de Cabo Verde, de colonización portuguesa, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, y radicados mayormente en Avellaneda y La Boca, junto al puerto de la ciudad de Buenos Aires, y en Ensenada, La Plata; constituyen una comunidad de familias y amigos de un mismo origen, que se conocen y solidarizan reuniéndose en la Sociedad de Socorros Mutuos de Dock Sud y en la Asociación Cultural y Deportiva de Ensenada, donde festejan los acontecimientos importantes y reafirman su identidad común. Miriam Gómez se refiere a ellos y a su propia comunidad caboverdeana, de la que la investigadora Marta Maffia de Poteca explora entre otros numerosos aspectos el modo y sentido de sus fiestas, así como de su música e influencia en la zona junto con Cecilia Cuerda y Susana Tuller. Los grupos anteriormente mencionados, que parecen separados, se reunían hasta los años 70, para celebrar su pasado africano a través de la música y la danza en el Schimmy Club, fundado en 1924 en la Casa Suiza y en otros centros. Más recientemente hubo intentos de reorganización, aunque efímeros, como el grupo Bondeko (en Lingala «hermandad») en 1984, la Comunidad Afroamericana en 1988-1989, la Casa de la Cultura indoafroamericana en Santa Fe que subsiste a partir de 1988, la actual Casa de África en Buenos Aires.

Desde comienzos de la década del 90 se viene verificando una corriente inmigratoria desde el occidente de África, y desde países centro y sudamericanos, al comienzo más reducida, ahora más notoria, en búsqueda de mayor estabilidad social y política y de mejores oportunidades de trabajo. Tropieza con discriminaciones que subsisten desde cierto modelo de hombre y de cultura, con la carencia de apoyo de una política favorable con respecto a los países africanos y la consiguiente falta o demora de documentación, dificultad de hallar ocupación laboral y vivienda. El senegalés Boubacar Traoré, estudiante en la Universidad de Buenos Aires, se refiere a la situación político-económica actual de los países africanos que explica tal emigración ya la escasa atención que la política internacional de nuestro país les presta. Gladys Lechini de Alvarez como especialista analiza los vaivenes de la última época de la misma y el embajador José M. Cantilo desde su experiencia diplomática señala caminos y modos posibles para una más provechosa interrelación. Dado

que importantes vínculos nos ligan al África negra, como parte constitutiva y valiosa de nuestra identidad, saber retomarlos desde una visión más profunda y originaria de la política nos llevaría a reanimar nuestras propias fuentes, a fortalecer posibilidades de propia emergencia civilizatoria, ya África a reencontrarse con su propia recreación en tanto nuevas vías de reconexión y comunicación.

Este coloquio, al convocar a algunas de las voces más autorizadas por su conocimiento y dedicación a esta temática, pretendió también contribuir a reunir la comunidad argentina en el reconocimiento de este aspecto suyo y de las potencialidades que el mismo representa, en una época que requiere acudir a todas nuestras fuerzas, para su perduración y despliegue ante un mundo de sistematización instrumentadora total. .

Como compiladora no puedo menos que agradecer la generosa participación de los conferencistas en el Coloquio y la contribución de sus escritos, así como el fiel y entusiasta apoyo de la editora Susana Spivacow, a pesar de la difícil situación en el país de la industria editorial.

Dina V. Picotti C.